

CANTO VIII.

Era già l' ora che volge 'l disío  
 A' naviganti, e 'ntenerisce il cuore  
 Lo di, c' han detto a' dolci amici: A Dio,  
 E che lo nuovo peregrin d' amore  
 Punge, se ode squilla di lontano,  
 Che paja 'l giorno pianger, che si muore;  
 Quand' io 'ncominciai a render vano  
 L' udire, ed a mirare una dell' alme  
 Surta, che l' ascoltar chiedea con mano  
 Ella giunse e levò ambo le palme,  
 Ficcando gli occhi verso l' Oriente,  
 Come dicesse a Dio: D' altro non calme.  
 Te lucis ante sì devotamente  
 Le uscì di bocca, e con sì dolci note,  
 Che fece me a me uscir di mente.  
 E l' altre poi dolcemente e divote  
 Seguitar lei per tutto l' inno intero,  
 Avendo gli ocche alle superne ruote.  
 Aguzza qui; Lettor, hen gli occhi al vero;  
 Chè 'l velo è ora ben tanto sottile,  
 Certo, che 'l trapassar dentro è leggiero.  
 Io vidi quello esercito gentile  
 Tacito poscia riguardare in sùe,  
 Quasi aspettando, pallido ed umile;  
 E vidi uscir dell' alto e scender giùe  
 Du' Angeli con due spade affocate,  
 Tronche e private delle punte sue.  
 Verdi, come fogliette pur mo nate,  
 Erano in veste, che da verdi penne  
 Percosse traean dietro e ventilate.  
 L' un poco sovra noi a star si venne,  
 E l' altro scese in l' opposita sponda;  
 Sì che la gente in mezzo si contenne.  
 Ben discerneva in lor la testa bionda;  
 Ma nelle facce l' occhio si smarrì,  
 Come virtù ch' a troppo si confonda.  
 Ambo vegnon del grembo di María,  
 Disse Sordello, a guardia della valle,  
 Per lo serpente che verrà via via.  
 Ond' io, che non sapeva per qual calle,  
 Mi volsi 'ntorno, e stretto m' accostai,  
 Tutto gelato, alle fidate spalle.  
 E Sordello anche: Ora avvalliamo omai  
 Tra le grandi ombre, e parlaremo ad esse;  
 Grazioso sia lor vedervi assai.  
 Soli tre passi credo ch' io scendesse,  
 E fui di sotto; e vidi un che mirava  
 Par me, come conoscer mi volesse,  
 Temp' era già che l' aer s' annerava;  
 Ma non sì, che tra gli occhi suoi e' miei  
 Non dichiarasse ciò che pria serrava.  
 Vèr me si fece, ed io vèr lui mi fei.  
 Giudice Nio gentil, quanto mi piacque  
 Quando ti vidi non esser tra' rei!  
 Nullo bel salutar tra noi si tacque;  
 Poi dimandò: Quant' è che tu venisti  
 Appiè del monte per le lontan' acque?  
 Oh, diss' io lui, per entro i luoghi tristi  
 Venni stamane; e sono in prima vita,  
 Ancorchè l' altra si andando acquistì.  
 E come fu la mia risposta udita,  
 Sordello ed egli indietro si raccolse,  
 Come gente di subito smarrita.

CANTO VIII.

Era ya la hora en que se aumenta la tristeza de los que navegan, y en la que se les enternece el corazon el dia que deben despedirse de sus dulces amigos. Era la hora que inflama de amor al peregrino si oye de lejos la campana que parece llorar al dia que espira, cuando empecé á no oír rumor alguno, y á mirar á una de las almas, que de pié, pedia con la mano que se la escuchara.

Juntó y levantó las dos manos, fijando su vista en el oriente, como si hubiese dicho á su Dios: «No deseo ningun otro.»

Y brotó tan devotamente de sus labios y con notas tan dulces el *Te lucis ante* (1), que me obligó aquel himno á olvidarme de mí mismo.

Entonces las demás almas la acompañaron tierna y devotamente en todo el himno, con la vista fija en las ruedas celes'es.

Contempla aquí lector á la verdad cara á cara, pues es tan sutil la trama del velo que la cubre, que la penetrarás fácilmente.

Luego ví á aquella hermosa cohorte silenciosa y en actitud humilde contemplar el cielo; salir de lo alto y dirigirse hácia abajo dos ángeles, armados de espadas flamígeras sin punta; y cuyas túnicas, verdes como las tiernas hojas que acaban de nacer, flotaban á merced del viento, agitadas por las verdes plumas de las alas.

Uno de ellos fué á posarse mas abajo del punto en que estábamos nosotros, mientras que el otro descendió al lado opuesto; quedando así las almas colocadas entro los dos.

Podíamos distinguir fácilmente su blonda cabellera, pero al mirarles el rostro quedábamos deslumbrados, siendo nuestra vista, lo que una fuerza que por sobrada tension se amortigua.

«Vienen ambos del regazo de María, dijo Sordello, para guardar el valle contra la serpiente que ahora mismo va á llegar. (2)»

Yo, que ignoraba el camino que seguiria para dirigirse al valle, volvíme, y helado de espanto, fuí á clavar mis hombros en los de mi fiel maestro.

Sordello continuó de esta manera: «Descendamos ahora hácia las grandes sombras para hablarlas, ya que les será tan grato el veros.»

Parecíame haber descendido tan solo unos tres pasos, cuando ví á una de ellas que me estaba mirando como si me hubiese conocido. Por mas que el aire fuese oscureciéndose, permitióme aun descubrir entre los ojos de la sombra y los míos lo que antes me ocultaba; por lo que ella se lanzó hácia mí, y yo hácia ella. ¡Oh noble juez, oh Nino (3)! ¡con cuánto placer ví que no estabas entre los culpables!

No hubo tierno saludo que no nos dirigiésemos. Luego me preguntó: «¿Desde cuándo has venido al pié del monte á través de las lejanas olas?»

— ¡Ah! le dije, he llegado esta mañana por el camino de la tristeza y del dolor; aun no he perdido la primera vida, por mas que adquiriera la otra siguiendo aquel camino.»

Apenas oyeron mi respuesta, Sordello y él retrocedieron como hombres poseidos de repente asombro.

El uno se volvió hácia Virgilio, y el otro hácia una alma

(1) Himno de San Ambrosio.

(2) Símbolo de la tentacion.

(3) Nino, de la familia de los Visconti de Pisa, juez de Gallura en Cerdeña, estaba al frente del partido Güelfo.